

se os diera á escoger á vosotros mismos entre anonadar el universo ó criarle? Porque esta es la cuestion que se pesó en los consejos de Dios. Dios la juzgó y el cielo y la tierra os dicen de qué manera.

Podeis, señores, juzgarla de otro modo; podeis quejaros de la vida, y no reputarla tan gran bien. Pero sabed que la vida de que os lamentais no es la que Dios os ha hecho, sino la que os haceis vosotros mismos. Habeis separado de ella á Dios, y os asombráis de que no sea ya nada. Habeis producido el vacío en vuestra alma, y os pasmais de que os falte lo infinito. Habeis corrido tras de todas las miserias, y os maravillais de no ser ya sino dudas, tinieblas, amargura, afliccion. ¡Ah! volved, volved á la vida, recobrad vuestros derechos en la creacion mediante el valor de la fe, la santidad de la esperanza, la divinidad del amor, y entonces, restituidos á vuestro lugar y á vuestra gloria en las armonías universales, repetiréis con todos los mundos el testimonio que Dios se dió á sí mismo despues que hubo acabado su obra: *Vió Dios todo lo que habia hecho, y todo era bueno* (1).

(1) Génesis, cap. 1, vers. 31.

SERMON CUADRAGÉSIMO OCTAVO.

Del plan general de la creacion.

Investigamos en nuestra última conferencia por qué procedimiento y por qué motivo habia salido el mundo de las manos de Dios, y vimos que habia sido por el procedimiento de la creacion y por el motivo de la bondad. La bondad es en efecto el carácter preferente bajo el cual ha concebido siempre á Dios el linaje humano, como es tambien el carácter de los hombres que se han granjeado mas el amor y la veneracion de los siglos. Todo el que no ha sido marcado con esta señal augusta no ha llegado á la plenitud de la gloria, y ni el brillo de las concepciones, ni la fortuna de las armas, ni el desprecio de la vida, han bastado sin la bondad para elevar la memoria de Alejandro ó de Marco Aurelio. Con mayor razon, la de Dios descansa sobre la misma base, y nada nos es mas natural como repetir con David: *Suave es el Señor en todas las cosas, y su misericordia es sobre todas sus obras* (1).

Habiendo, pues, Dios hecho al mundo por bondad, es decir, con la intencion de comunicarle sus bienes, que son la perfeccion y la beatitud, debemos conocer ahora el plan que siguió en la realizacion de tan generoso pensamiento. Ahora bien, todo plan se compone de dos elementos necesarios, los materiales que han de servir para fundar, y el orden con que han de disponerse. Tengo, pues, hoy que hablaros de los materiales de la creacion y de su arreglo general.

Segun la doctrina católica, Dios empleó en su obra, que es el universo, dos especies de materiales completamente desemejantes: la materia y el espíritu.

Y en primer lugar ¿qué es la materia? Si os digo que es cierta cosa ponderable, me opondréis los flúidos imponderables. Si os digo que es cierta cosa extensa, me responderéis que muchos filósofos opinan

(1) Salmo 144, vers. 9.

que se la puede reducir á átomos , es decir , á puntos indivisibles , y por consiguiente inextensos. Si os digo que es cierta cosa que tiene color , me objetaréis que se puede fácilmente concebirla despojada de todo color. Otro tanto sucedería con el sabor y el sonido. Pero este trabajo de expoliación , por el cual quitamos sucesivamente á la materia sus atributos aparentes , tiene no obstante un límite en que se detiene el esfuerzo crítico de nuestro entendimiento. Por mas que hagamos , queda en ella la capacidad permanente de recibir formas y movimientos. Digo de recibirlos , porque vemos claramente que no tiene inteligencia , ni voluntad , ni libertad , ni actividad personal , ni mando alguno. Es á un mismo tiempo activa é inerte : activa , puesto que es una fuerza ; inerte , porque no obra espontáneamente , sino dominada por una necesidad irresistible.

El espíritu , por el contrario , no tiene figura ni movimiento de traslación de un lugar á otro , no cae debajo de nuestros sentidos. Piensa , quiere , es libre , inaccesible á toda necesidad. En vano se le manda , si él no se manda á sí mismo , y todos los embates del poder vienen á estrellarse contra una sola alma que se respeta.

Estos son , señores , los materiales del mundo. La doctrina católica no conoce otros ; los sentidos y la razón solo nos revelan estos. ¿Hallaremos también aquí al racionalismo para atajarnos ? Sí , señores , le encontraremos , y os lo prevengo de nuevo : la doctrina católica no propondrá un solo dogma , sin que el racionalismo proponga contra ella una negación. Esperadlo hoy , mañana , siempre. La índole del error es crear recursos contra la verdad , sin lo cual la libertad de nuestra inteligencia no sería mas que una quimera.

Cierto , si hay alguna cosa que esté averiguada , es la coexistencia en el mundo de la materia y del espíritu. ¿Qué cosa mas evidente ? La materia es el objeto de nuestros sentidos , los cuales la ven , la tocan , la sienten , disponen de ella á su arbitrio , conforme á leyes invariables descubiertas por la ciencia y comprobadas por la aplicación. Ningun esfuerzo de la voluntad es capaz de destruir la impresión causada en todo el género humano por el espectáculo constante del universo. El espíritu no es menos sensible y elocuente para nosotros , lo es mas todavía ; porque el espíritu es nosotros mismos. No tenemos necesidad de ponernos en relación con él como con un objeto extraño ; nos está presente y nos es íntimo ; cada uno de sus actos nos lo revela en sus facultades propias , en su imperio sobre la materia y las ideas , en su espontaneidad y libertad. Sin embargo , ¿quién lo creyera ? en la historia de la razón humana se han mani-

festado dos doctrinas contradictorias , una que niega la existencia de la materia , y otra que niega la existencia del espíritu. El idealismo sostiene que todo es inmaterial en la naturaleza ; el materialismo afirma que todo es cuerpo.

Y en verdad que si el error pudiera ser una cosa noble y santa alguna vez , con razón se calificaria de tal al idealismo , el cual no pretende privar de la existencia sino á la parte inferior de la creación , y por no comprender qué relaciones mantendría con Dios una sustancia falta de inteligencia y sentimiento. Con efecto , ¿por qué decia Malebranche , este ilustre filósofo cristiano , que sin la autoridad de la fe , no creeria en la realidad de la materia , sino porque no podia alcanzar qué objeto se propuso Dios en criarla ? ¿Y no hemos sentado también nosotros que el fin de Dios en la creación era comunicar su perfección y bienaventuranza á los seres nacidos de su omnipotente bondad ? ¿Y cómo la materia , incapaz de conocer y de amar , corresponderia á este designio del Criador ? ¿En qué podria llegar á la misma frontera del orden divino , donde todo es inteligencia , amor y comprensión ? Que haya Dios hecho espíritus , imágenes de su propia naturaleza , dotados del honor de penetrar el mundo invisible , habitantes presuntivos de la gloria eterna , vasos de una alabanza voluntaria , compañeros humildes pero posibles de la Santísima Trinidad , cosa es esta cuyos motivos se comprenden. ¿Pero quién concebirá jamás el oficio de la materia con respecto á Dios , y aun con relación á los espíritus creados ? Si no es eterna , ¿por qué crearla para un dia ? Si debe durar mas allá de los tiempos , ¿qué papel hará en la eternidad , es decir , en el reino puro de Dios ?

Antiguos sabios , señores , esforzándose en penetrar este misterio , habían pensado que el destino de la sustancia material era limitar los espíritus , los cuales , en su sentir , no tenían por su naturaleza barrera alguna entre ellos y lo infinito. Pero la sana teología rechaza esa explicación. Los espíritus creados tienen su medida en la voluntad divina que los produce ; bástales el ser creados para ser limitados , puesto que la existencia por sí misma entra en la idea de lo infinito. Supongamos no obstante que el ser inmaterial é inteligente no encuentra limitación alguna en su esencia personal ; ¿cómo ! ¿pensáis que Dios se ingeniará en dársela por celos , por temor de que se haga igual á él , y que la aprisionará en el sepulcro de su cuerpo ? ¿Pensáis que los hombres no son sino dioses que se hallan sujetos en una organización sensible ? Ah , señores , si Dios hubiera podido crear

espíritus infinitos, estad seguros de que lo hubiera hecho. No deseaba mas que extender la órbita de la creacion, y pronto veréis que hasta la materia, lejos de haber sido en su mano un instrumento de restriccion, fué uno de los recursos que empleó su sabiduría para agrandar el campo del universo.

La materia ha sido destinada como el espíritu, á gozar de la perfeccion y bienaventuranza divina; y cuanto mas incapaz era de ello, mas quiso Dios como jugar con esta dificultad, teniendo á honor, si es permitido hablar así, el imprimir el sello de su poder y misericordia en una sustancia en que la nada parece que le disputaba el imperio. Sea la materia tan inerte como se quiera; sea muda, sorda, ciega, insensible, nó la escaseeis ningun oprobio; pero escuchad á San Pablo, que sale á su defensa y os habla de su destino: « *Toda carne, dice, no es la misma carne... Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrestres; mas una es la gloria de los celestiales y otra la de los terrestres. El cuerpo está sembrado en corrupcion, resucitará en incorrupcion; es sembrado en vileza, resucitará en gloria; es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor; es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual* (1). » Ya lo oís, señores; ¡á San Pablo no le embaraza el escándalo de nuestro cieno! nó cree en su miseria final; lo ve trasfigurado hasta hacerse espiritual; y si quereis oírle todavía profetizando su porvenir, escuchad otra vez: « *Sabemos que todas las criaturas gimen y están de parto hasta ahora.... Porque toda criatura espera la manifestacion del día de los hijos de Dios. Sujeta á la vanidad, no de su grado, está sometida con esperanza, y ella será tambien librada de la servidumbre de la corrupcion, para ser útil á la libertad gloriosa de los hijos de Dios* » (1).

¡Qué lenguaje! ¡Qué magnificencia! ¡Qué promesas! Así la materia mas vil está en el parto de su futura grandeza, tanto como el hombre mismo; espera la revelacion postrera, que debe discernir á los hijos de Dios, y asignarles un lugar en los siglos que nó tienen ya sombra ni vicisitud; ella misma tomará parte en la libertad de los espíritus, y la bienaventuranza de estos dependerá de la suya en cierto grado, puesto que la suya será útil á la libertad de su gloria. ¡Qué expresiones tan singulares, señores! ¿y cómo la sustancia á quien se honra con tales profecías, puede reposar tranquila contra los insultos prematuros de la ignorancia y del error?

(1) (1) Epístola á los Corintios, c. 13, v. 39, 40, 42, 43 y 44 — (2) Epístola á los Romanos, cap. 8, vers. 22, 19, 20 y 21.

El rey de Macedonia decia: « Si yo no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes. » ¿Me permitiréis decir: Si yo no fuera espíritu, quisiera ser materia? Porque seria yo todavía obra de Dios, fruto de su inteligencia y de su bondad. Su vista estaria aun fija sobre mí, y unida en la humanidad á un alma inmortal, despues de haberla servido aquí en sus necesidades, la serviría algun día en una felicidad que refluiría sobre mí.

Por lo demás, señores, al exponeros ahora mismo la disposicion general del mundo, espero haceros entender mejor el papel que hace en él la materia, y por lo tanto daros una razon mas profunda de su existencia y creacion.

El otro campo del racionalismo niega la realidad del espíritu. Aspira á convencernos de que nada hay en el mundo sino la sustancia palpable, divisible y desdichada, que cae bajo nuestros sentidos exteriores; y si reconoce los fenómenos de la inteligencia y de la voluntad, los atribuye al mismo organismo del cuerpo vivo. Esta doctrina es pues, como veis, muy diversa de la otra. La primera, aunque falsa, tendia á la elevacion del hombre; esta á su abatimiento. La primera nos inducia á despreciar la parte inferior de nuestro ser; esta á envilecer, á inmolar su parte superior. ¿Qué es lo que pudo inducir á hombres sabios, que este es el nombre que toman, qué es lo que pudo inducirles á semejante parricidio? El movimiento natural de los seres tiende á engrandecerse; todos, hasta los que solo obedecen al instinto, propenden al orgullo. ¿Cómo el hombre, la obra capital de la creacion, ha empleado su inteligencia, que le enaltece sobre todos los demás, en destruir la base de su grandeza, y en bajar, por eleccion, del rango de las inteligencias inmortales? Ignoro, señores si hay en esta asamblea materialistas, y ya sabeis con qué piadoso respeto acostumbro á tratar, nó al error, sino á las personas. En esta ocasion nó obstante hablaré con toda la libertad de mi ministerio, y diré sin temor, que el materialismo es una doctrina contra naturaleza, una doctrina abyecta, cuyo origen solo puede explicarse por la corrupcion del corazon humano. Es harto manifesto que somos espíritus; nó hay suficientes razones contra la dignidad de nuestro ser, para que nos rebajáramos con nuestras propias manos, si bajas y ruines pasiones nó se sublevaran en nosotros contra nosotros mismos, para destronar á una con nuestra esencia espiritual las ideas de verdad, de justicia, de orden, de responsabilidad, ilustres é incorruptibles huéspedes cuya presencia fatiga al vicio y excita á la rebelion. El vicio nó

tiene paz y la quiere; el alma le opone el remordimiento, esa corona final del hombre corrompido, esa voz doméstica y santa que nos llama al bien, ese genio benéfico de la república que habita en las ruinas, y que aún se aparecía á Bruto, en los campos de Farsalia, la vispera del día en que debía Roma caer. ¡Oh! ¡perdonad mis dudas! Mas si no fuérais puros, si el remordimiento os turbase con su voz severa, por Dios y por amor vuestro no lo expulsetis: mientras sea el compañero de vuestra alma, no habeis perdido las reliquias de vuestra grandeza y de vuestra esperanza; el remordimiento precede á la virtud, como la aurora precede al día, y el vicio debe respetarlo para repetarse á sí mismos.

Pero cuando el vicio no tiene ya el instinto de su rehabilitacion, el remordimiento llega á ser su enemigo capital y postrero, y no hay medio á que perdone por extirpar su raíz, que es nuestro mismo espíritu. El materialismo es el resultado de esta guerra exterminadora del mal contra el bien; no es otra cosa que la última tentativa para ahogar el remordimiento; y hé aquí porqué le llamo una doctrina abyecta y contraria á la naturaleza. Si es un arrebato mio, no me excuso de él. ¡Cómo! ¡me atacais hasta en mi esencia, me rechazais á los límites de la animalidad, me tratais como á un perro! ¿qué digo? os atreveis á escribir esta frase: «El hombre es un tubo digestivo perforado por los dos extremos...» Ah! señores, no os riais, que sentiria yo de muerte el provocar vuestra risa; escuchad, escuchad estas cosas con el silencio de la execracion. ¡Cómo! decia yo, se atreven á escribir que el hombre es un tubo digestivo abierto por los dos cabos, ¿y no tendria yo derecho, usando de toda la arrogancia de la verdad contra la impostura, para revolverme con desprecio y aplanar con el talon á esa canalla de doctrina?

No debiera yo, señores, decir mas acerca de ella; no debiera hacer al materialismo el honor de pedirle cuentas. Hagámoslo no obstante, si quereis. Preguntemos á esos fieros gladiadores de la materia, qué es lo que han visto en el hombre para negarle su naturaleza inteligente y libre. ¿Niegan los fenómenos del pensamiento? ¿Son ciegos á los de la voluntad? No, los confiesan; reconocen que pasa en nosotros cierta cosa extraordinaria, que no se asemeja á ninguna de las que caen bajo de los sentidos. Pero juzgan que la tierra, al llegar á cierto grado de perfeccion, es capaz de producir el sentimiento, el pensamiento y la voluntad, como produce raices, flores y frutos. La naturaleza, dicen, se halla en un trabajo progresivo que en ninguna parte se interrumpe, y que se manifestará

á cada grado por una concepcion mas perfecta. El hombre es el término de esa progresion fecunda; reúne en sí todos los perfeccionamientos anteriores, y su cerebro, obra maestra de la mas sabia organizacion, produce tan naturalmente el pensamiento como el árbol entreabre sus retoños.

¿Por qué, señores, esta ingeniosa pintura, que no quiero llamar análisis, deja fria é incrédula casi á la totalidad del género humano? ¿Por qué la filosofía espiritualista ha tenido siempre la gloria de conmover las entrañas del pueblo y las del pensador, al paso que el materialismo, doctrina de decadencia, solo seduce á muy pocos en las naciones gastadas? Es, señores, porque el espíritu se afirma á sí mismo con una presencia tan viva, que el discurso y las analogías desaparecen ante el esplendor de esta afirmacion. ¿Qué queréis? mi espíritu es yo; siento su verdad. Siento la distincion de mi cuerpo y de mi alma con tal imperio, que me parece que mi vida toda no es mas que una confrontacion del uno con la otra, y cada instante me trae una certeza de su dualidad tan grande como la certeza de su union. Yo me veo dos y uno con una lucidez que nada disminuye, porque nada hay que combata contra la presencia real de las cosas. Y por otra parte ¿qué me dicen para combatirla? Se me opone una progresion de la materia; pero una progresion no es mas que el desarrollo de un germen que no muda nunca de naturaleza al desenvolverse. Elevad una fuerza, segun la expresion de las matemáticas, elevad una fuerza á la segunda, á la tercera, á la décima potencia, y nunca recogeréis en la fuerza doblada, triplicada, mas que el elemento primitivo que contenia. Para que la materia trasfigurada en su forma produjera el sentimiento, el pensamiento y la voluntad, sería necesario que la mas débil partícula material fuera un ser que sintiese, pensase, quisiese, pero en un grado inferior capaz de aumento ó de perfeccion, como se ve en la infancia del hombre comparada con su edad madura. ¿Pero es así? Ni aun el materialismo afirma tal; no cree que un grano de polvo ejerza en miniatura las funciones intelectuales del hombre, al modo que una gota de agua hace los oficios del océano. El sentido comun se opone con sobrada fuerza á ineptia semejante. Por consiguiente, la materia, elevada cuanto querais, por medio de la organizacion, á la centésima ó la milésima potencia, nunca dará sino el desarrollo de lo que es, es decir, figuras mas perfectas, movimientos mas complicados, una escultura y arquitectura mas dignas de admiracion.

Maravillanse algunos, y esta es otra objecion contra el espiritua-
lismo, maravillanse de la influencia que ejerce uno sobre otro el alma
y el cuerpo. ¿Y por qué no, si están realmente unidos? Esta
union puede parecer rara, inexplicable, ¿pero qué importa? es un
hecho. Una vez probado el hecho por la certidumbre que tenemos
de nuestra doble naturaleza espiritual y material en una sola perso-
nalidad, es cosa muy sencilla que haya accion de la una sobre la
otra, sin lo cual no tendrian entre sí comunicacion alguna, y no
teniendo entre sí comunicacion estarian separadas en vez de
estar unidas.

Así, á la manera que los objetos exteriores, obrando sobre el ce-
rebro por medio de los sentidos, llevan al alma impresiones de fuera,
el alma á su vez lleva al cerebro, y por él al resto de la organizacion
sensible, el rechazo de su vida íntima é inmaterial. De ahí esos
hábitos inveterados que toman juntamente su origen de las
dos partes de nuestro ser, ambas á dos plegadas en cierto modo
por la repeticion de los actos, y convertidas en esclavas de nues-
tras voluntades viciadas, despues de no haber sido al prin-
cipio mas que sus instrumentos. Esto ha dado lugar á esa nueva
ciencia de la frenología, que abusa de los fenómenos de correspon-
dencia del alma con el cuerpo, y del cuerpo con el alma, para atacar
el libre albedrío del hombre. No examino si las aptitudes y pasiones
tienen realmente un signo representativo en la cubierta exterior del
cerebro: supongámoslo; ¿qué prueba esto contra la libertad hu-
mana? Es manifiesto que el alma y el cuerpo están en comunicacion
continua, y que todo acto, aun interior, de vicio y de virtud, re-
suena en alguna parte de nuestra cubierta mortal, y abre allí surcos
funestos ó felices. Estos vestigios sutiles obran á su vez sobre el foco
profundo de nuestra actividad interna, é incitan allí á la repeticion
de los movimientos, es decir, de los mismos pesamientos y voluntades.
La doctrina católica conviene en ello, y aun hace mas que con-
venir: esta es la base de su terapéutica espiritual, ó sea del trata-
miento medicinal que aplica á los males de nuestra alma. Por eso
manda el Evangelio á sus cristianos que castiguen sus cuerpos para
libertar y purificar sus corazones. Por eso impone la Iglesia absti-
nencias y ayunos, ordena el trabajo, y á ejemplo de su fundador,
Jesucristo, bendice á los que lloran y padecen, porque hay en las
aflicciones del cuerpo, además del beneficio de la expiacion acep-
tada, la infalible eficacia de la rectificacion de los sentidos. Por an-
tiguas, por fuertes que sean las impresiones del pecado en los

reductos misteriosos del cuerpo, el alma ayudada de la gracia, avi-
gorada con la penitencia, puede borrarlas lentamente y sustituir á
ellas los vestigios reparadores de la virtud. De ahí, hasta en la fiso-
nomía, esas singulares iluminaciones que se abren paso por entre las
oscuras arrugas del vicio. El alma despues de haber ennoblecido las
regiones subterráneas que habia amancillado el crimen, llega un dia
á la frente del hombre, y difunde en ella serenos resplandores que
hacen enternecer las miradas hasta de los que no conocen á Dios.
Las sombras del pecado huyen ante la gloria creadora de la virtud,
y lo que de ellas queda todavía en el prematuro decaimiento de la
carne, no es mas que un signo de la mortalidad vencida por la belleza
eterna de Cristo.

Oh rostros de los santos, dulces y fuertes labios acostumbrados á
nombrar á Dios y á besar la cruz de su Hijo; ojos muy amados que
distinguis un hermano en la mas pobre de la criaturas; cabellos en-
canecidos por la meditacion de la eternidad; colores sagrados del
alma que resplandeceis en la ancianidad y en la muerte, ¡bienaven-
turado el que os ha visto! ¡mas bienaventurado el que os ha com-
prendido y ha podido recibir de vosotros, de vuestra gleba trasfigu-
rada, lecciones de sabiduría é inmortalidad!

Pero ¿qué es lo que hago, señores? ¿Por ventura pretendo de-
mostraros la existencia del espíritu, la realidad de la materia? No lo
permita Dios. No me he presentado delante de vosotros como un
filósofo apoyado en solo su razon, y confiado únicamente en los
deseubrimientos de su propia sagacidad. He aparecido en esta cáte-
dra como enviado de Dios, como mensajero de su palabra, como ar-
mado de la tradicion y la autoridad de la Iglesia, y despues de
haber probado los títulos de mi mision, os he prometido solemne-
mente que nunca el racionalismo opondria á un solo dogma cristiano
negaciones mas verosímiles que las afirmaciones de la fe. Acabo de
cumpliros otra vez mi promesa. Porque, decidme, entre la fe que
afirma la presencia en el mundo de dos elementos constitutivos, la
materia y el espíritu, y el racionalismo que niega uno y otro,
¿dónde está aun humanamente la mayor probabilidad de verdad?
No quiero decir la certidumbre, porque habiendo tomado la certi-
dumbre del orden de las enseñanzas divinas, es inútil que la busque
yo nuevamente allí mismo donde, en muchas ocasiones, estaria se-
guro de alcanzarla. Bástame contra el racionalismo la simple vero-
similitud, y creo tenerla, y aun mucho mas, en esta cuestion de la
doble naturaleza de las cosas. Apresurémonos ahora á ver la dispo-

sición que Dios les ha dado; en ello recogeremos algunas luces acerca de los motivos que indujeron al Criador á no contentarse, en la estructura del mundo, con un solo orden de materiales. Hemos dicho que al sacar Dios á los seres de la nada, se proponia comunicarles su perfeccion y felicidad. Ahora, la perfeccion divina es de tres especies: metafísica, intelectual y moral, y por consiguiente debia reflejarse bajo este triple aspecto en la produccion y disposicion del universo. Comencemos el aspecto metafísico, que naturalmente es el primero.

Dios es infinito, es uno, es trino, la reunion de estos tres términos constituye su perfeccion metafísica. Es grande, en lo mas profundo de su ciencia, por la infinidad, la unidad y la pluralidad, y este debia ser tambien el fondo de la perfeccion del universo. Mas por esto mismo, parecia que el pensamiento creador, debia tropezar desde luego con un obstáculo imposible de vencer; porque lo infinito es incomunicable por su naturaleza. Desde el punto que una cosa es creada, por grande que sea, no existe por sí misma, y carece por tanto del atributo radical de lo infinito. Sin embargo, el mundo, obra de lo infinito en persona, manifestacion de su gloria, no podia carecer de una amplitud que representase la inmensidad increada. Era, pues, necesario que tuviese una anchura que recordase su punto de partida, y que todo el que lo viese girar en la majestad de su órbita, reconociese la mano que le habia lanzado por un camino y un espacio dignos de ella; Dios providenció sobre ello. Advirtió, si es lícito representar la accion divina con estas expresiones humanas, advirtió entre lo finito y lo infinito cierta cosa intermedia que llamamos acá en la tierra lo indefinido. Explicaré estos términos, si lo permitis. Lo infinito es lo que no tiene principio ni fin; lo finito es lo que tiene principio y fin; lo indefinido es lo que se desenvuelve entre dos términos infinitamente distantes, aproximándose ellos de continuo. Dios, pues, resolvió construir el mundo segun el vuelo de lo indefinido, y dar de esta manera á su obra un carácter figurativo de su esencia ilimitada.

Nada se oponia á ello. Entre Dios que iba á crear, y la nada de donde el ser iba á salir; entre Dios que lo es todo, y la nada que no es cosa alguna, existia una distancia infinita. Bastaba llenarla por una creacion progresiva, que partiendo de un centro único, tendiese á la par y por dos vias diferentes á los dos extremos de las cosas, á la nada por una disminucion graduada, á Dios por una ascension constante. Pero este plan suponía la existencia de dos elementos

enteramente desemejantes, uno que fuera capaz de aminorarse siempre descendiendo hácia el polo negativo de la creacion, y otro que fuera capaz de perfeccionarse siempre elevándose hácia el polo positivo ó divino.

Me prevenís, señores; nombrais la materia y el espíritu: el espíritu indivisible, la materia siempre capaz de division; el espíritu, elemento de lo infinitamente grande; la materia, elemento de lo infinitamente pequeño; ambos á dos bastantes, en su diversa naturaleza, á llenar con su elevacion y degradacion calculadas el intervalo infinito que separa lo soberanamente imperfecto de lo soberanamente perfecto. San Agustin nos ha revelado en una sola frase esta bella ley del génesis de las cosas; oid á este grande hombre: *Duo fecisti, Domine, unum prope nihil, scilicet materiam primam; alterum prope te scilicet angelum.* — *Dos cosas hiciste, oh mi Dios; la una próxima á la nada, que es la materia primera; la otra próxima á vos, esto es, el espíritu puro.* En virtud de esta concepcion, que fué como el exordio del mundo, creó Dios dos líneas ó series de seres, la una descendente hácia la parte de la nada, la otra ascendente hácia él mismo. La una os es conocida por vuestros propios sentidos; la otra se nos revela por la fe, y por las inducciones tambien de la analogía. Porque, ¿cómo creer que la creacion se para en nosotros, y que teniendo por nuestro cuerpo un parentesco inferior que se extiende hasta la region de lo imperceptible, no tengamos por nuestro espíritu un parentesco superior que penetra hasta la region de lo infinito sustancial? La fe nos lo dice, la razon lo confirma, el orden del universo lo exige absolutamente.

Lanzado el mundo de la tierra al cielo con este vuelo indefinido, tenia en cuanto era posible una relacion de grandeza con Dios; y por la multitud sin cuento de los seres pertenecientes á cada serie y á cada grado, tenia tambien el carácter divino de la pluralidad. Mas faltábale aún la unidad, tercer término de la perfeccion metafísica de Dios. Habia dos mundos: el mundo de la materia y el del espíritu, el mundo terrestre y el celeste; inconveniente supremo que quitaba á la creacion toda armonía y toda la posibilidad de ser el espejo de su autor. ¿Pero cómo remediarlo? ¿Cómo unir realmente dos órdenes tan distintos, tan radicalmente separados, como el orden material y el espiritual?

Dios se recogió en sí mismo, segun la bella indicacion de la Escritura, tomó consejo en algun modo, y en presencia de todo lo que estaba acabado, delante del cielo atento y de la tierra conmovida,